

sajes que prueban la divinidad de nuestro Señor Jesucristo.

8. Todos estos esfuerzos para detener la marcha progresiva de la Iglesia católica no hacían sino darle nueva fuerza; porque los Judíos, dispersos, iban llevando consigo mismos por todo el universo el testimonio de la victoria del cristianismo; y los herejes, entregándose á los desórdenes de una vida infamante, se condenaban á sí propios: y en fin, los emperadores acababan de ir minando su propia autoridad por los excesos de todo género á que se abandonaban sin rebozo. El año 138 murió Adriano. Hacia el fin de su vida se volvió misántropo y cruel: hizo conducir al suplicio á Serviano su cuñado, y á Fuerco su resobrino. Se dice que envenenó á su esposa Sabina, y que en seguida la mandó colocar en el número de las deidades del imperio. Se quejaba de no poder morir, cuando hacia morir á los demás á su antojo. En fin espiró ahogado por exceso de comida, maldiciendo á los médicos y chanceándose sobre su alma. Antonino Pio, su hijo adoptivo, le sucedió, príncipe digno del sobrenombre que le habían merecido sus virtudes y su agradecimiento á su bienhechor. Hicieronle ser amado de los Romanos sus bellas prendas, así como venerado de los extranjeros y aun de los reyes bárbaros, que le escogieron mas de una vez por árbitro en sus diferencias y desacuerdos.

9. En el mismo año, terminó el papa san Telésforo con glorioso martirio su carrera apostólica. Había gobernado diez años la Iglesia de Cristo, y se le dió por sucesor á san Higinio, convertido del filosofismo, *ex philosopho*, á la fe cristiana.

S II. PONTIFICADO DE SAN HIGINIO (138-142).

10. Había venido en esta época á Roma un sirio, discípulo gnóstico, llamado Cerdon; Valentiniano dogmatizaba ya en dicha ciudad, y no tardó mucho en llegar Marcion. Cerdon había tomado el fondo de su doctrina del gnosticismo, mas dándole nueva forma. Condenado y excomulgado por san Higinio, no por ello dejó de continuar derramando en los fieles el

veneno de sus doctrinas. Enseñaba abiertamente el dualismo. Según su sistema, había dos dioses, uno bueno y bienhechor, otro justo y severo; el uno invisible y desconocido, visible y manifiesto el otro; el primero padre de Jesucristo, el segundo criador del universo; aquel autor de la gracia; este de la ley. — Marcion, natural de Sínope, en el Ponto ó mar Negro, se hizo discípulo suyo. Hijo de un santo varón, que fué luego obispo, había sido educado cristianamente, y en los primeros años de su juventud profesaba la vida ascética. Pero habiendo tenido la desgracia de caer en un pecado grave de impureza, su padre, en quien recaía la ignominia, lo excomulgó y separó de la Iglesia. A pesar de las instancias que le hizo rogándole volviese á admitirle á la comunión de los fieles, el santo obispo estuvo inflexible, y Marcion tuvo que venirse á Roma. Dotado de un espíritu activo y emprendedor, se encargó de propagar la doctrina de Cerdon, que había abrazado; y fué tanto su celo y éxito, que logró mucha mas fama que su maestro. Negaba que el Hijo de Dios se hubiera encarnado realmente, ni que tuviesen que resucitar nuestros cuerpos, porque repugnaba, decía, al Hijo de Dios bueno revestirse de la corrupción de la materia, y al alma tener por compañero de su gloria á un cuerpo malo por naturaleza. Lo mas digno de notarse en su sistema era la parte moral. Tomando muy de veras la guerra que los gnósticos declaraban al cuerpo, Marcion y los suyos ayunaban para mortificar su carne; predicaban la virginidad y tenían vírgenes muy austeras; ni admitían al bautismo sino á los que vivían en la continencia. Por el mismo principio ensalzaban el martirio y trataban de buscarlo. Evitando así las impurezas de los demás gnósticos, la doctrina de Marcion era mas peligrosa para los espíritus endebles, que conservaban sin embargo cierta honestidad natural para huir de las sectas degradadas. Esta circunstancia explica los rápidos progresos de los Marcionitas en el Oriente y Occidente, como lo atestigua san Justino en vida aun de Marcion.

11. Había á la sazón dejado vacante la silla de san Pedro el papa san Higinio, que solamente la ocupó cuatro años (142).

No se sabe el género de suplicio al que debió el título de mártir. Se cree, según una expresión del *Libro pontifical*, que dió un decreto relativo á los diversos órdenes y funciones de los clérigos: se ha querido ver en este hecho el origen de los cardenales. Si se intenta con esto decir que san Higinio fijó, el primero, los títulos de los obispados *suburbicarios* que fueron dados después exclusivamente á los cardenales, esta observación puede ser fundada: pero creemos mucho más reciente el nombre y dignidad del cardenalato.

Fué dado por sucesor al papa san Higinio san Pio I.

§ III. PONTIFICADO DE SAN PIO I (142-150).

12. A pesar del carácter manso y clemente del emperador Antonino Pio, los fieles no dejaron de ser blanco de la más cruel persecución bajo su gobierno. La siguiente inscripción, erigida al mártir san Alejandro en el cementerio de Calixto, nos da la prueba: « Alejandro no ha dejado de vivir en la » tierra sino para comenzar una vida inmortal en los cielos: » terminó su carrera bajo el imperio de Antonino, el cual, » deudor de grandes beneficios á los cristianos, les volvió mal » por bien. Porque es conducido al suplicio cualquiera que » dobla su rodilla al verdadero Dios, y que le rinde homenaje. » ¡ Oh! desgraciados tiempos en que no podemos evitar los » verdugos ni aun en las cuevas en medio de nuestros sacrificios y oraciones! ¡ Cuán miserable es la vida! Mas al propio » tiempo, ¡ cuán infausto es el morir, cuando no es permitido » ni á los parientes ni amigos tributar las honras funerales » á los objetos de su ternura! » Estas sentidas quejas, mezcladas de cristiana resignación y santa esperanza, aliviaban sin duda el dolor de los fieles que perdieron en medio de los suplicios á sus hermanos en la fe; pero no podían llegar dichas quejas hasta el trono de los Césares. Hacia este tiempo se encargó de esta noble empresa una voz elocuente, la del apolo-gista Justino.

13. Nació este en Naplusa (la Sichem antigua), ciudad de

la Palestina, de una familia pagana de labradores, establecida en aquel lugar por el emperador Vespasiano. Dios, que quería traerle al conocimiento de la verdad, le había dotado de un talento superior, espíritu ardiente, ávido de ciencia y propenso á las investigaciones filosóficas. Desde su juventud se dedicó á ellas con gusto y aun con pasión. Después de haber agotado la doctrina de los Estóicos, Peripatéticos y Pitagóricos, sin haber podido apagar la sed de la verdad que padecía su alma, abrazó la filosofía de los Platónicos, cuyo espiritualismo convenia más á la elevación de su inteligencia. Paseándose solo un día en las orillas del mar que bañaba las costas de su patria para abandonarse más sosegadamente á sus acostumbradas meditaciones, apercibió un anciano desconocido, de rostro y compostura venerable, que entabló la conversación sobre la sabiduría, sobre Dios y sus perfecciones, y en fin sobre los destinos de la humanidad. Le hizo comprender á nuestro Justino cuán incapaz era la filosofía, aun la del divino Platon, para alumbrar al espíritu humano acerca de estas materias. « ¿Qué guías será pues necesario seguir, preguntó Justino, si » estas no han podido llegar á conocer la verdad? — En cierta » época muy antigua, respondió el anciano, y mucho tiempo » antes que naciesen esos hombres reputados por sabios, ha » habido hombres justos y amigos de Dios, que hablando por » inspiración del espíritu divino, han anunciado de antemano » lo que hoy sucede en el mundo. Se les llamaba profetas: so- » los ellos han conocido la verdad, solos la han comunicado y » enseñado á los hombres. Cuando se leen con viva y sencilla » fe sus obras, revelan á la inteligencia la sola doctrina digna » de un verdadero filósofo: en sus discursos no proceden por » vía de silogismos ni ratiocinios sutiles; porque el testimonio » que dan de la verdad es muy superior á toda demostración. » Sus oráculos, cuyo cumplimiento palpamos hoy día, mandan » y exigen nuestra creencia. Añadid á esto los milagros que » obraban en nombre de Dios, único, criador y padre de to- » das las cosas, y anunciando al propio tiempo el adveni- » miento de Jesucristo su hijo. Ruega pues que se abran para